

LA EXTENSIÓN DE LA ESCUELA DE EDUCACIÓN DE SAN CRISTÓBAL



THE EXTENSION OF THE SCHOOL OF EDUCATION OF SAN CRISTÓBAL

A EXTENSÃO DA ESCOLA DA INSTRUÇÃO DE SAN CRISTÓBAL

TEMÍSTOCLES SALAZAR RODRÍGUEZ
temorai@yahoo.es
Universidad de Los Andes
Núcleo - Táchira
San Cristóbal, estado Táchira
Venezuela



Fecha de recepción: 14 de junio de 2010
Fecha de aceptación: 01 de noviembre de 2010

Resumen

Si alguna institución le ha impuesto el signo de andinidad a la ULA es la Escuela de Educación de Mérida fundada en 1959. Hablar de su historia es hablar de sus Extensiones desparramadas en Los Andes, como la de San Cristóbal. Hemos fundamentado nuestro trabajo en fuentes documentales y bibliográficas así como en testimonios orales de los actores principales de aquella historia. Con dicha Escuela la ULA no se arrinconó a Mérida, sino que alzó el vuelo al resto de Los Andes y a lo universal, causa sui de todo ser universitario. Esto confirma un destino histórico: la suerte de la ULA merideña es consustancial con la suerte de la de Trujillo y la del Táchira.

Palabras clave: andinidad, “godos lugareños”, tachiranía, lucha de clases, Escuela de Educación de Mérida.

Abstract

If some institution has imposed him the sign of andinidad to the ULA it is the School of Education of Mérida founded on 1959. To speak of its history is to speak of its Extensions scattered in You walk Them, like the one of San Cristóbal. We have based our work in documentary and bibliographical sources as well as in oral testimonies of the film stars of that history. With this School the ULA was not put in a corner to Mérida, but that took off to the rest of The Sandes and the universal thing, cause sui of all university being. This confirms an historical destiny: the luck of the ULA merideña is consustancial with the luck of the one of Trujillo and the one of the Táchira.

Keywords: village andinidad, “godos”, tachiranía, fight of classes, School of Education of Mérida.

Resumo

Se alguma instituição o impuser o sinal do andinidad ao ULA é a escola da instrução de Mérida fundada em 1959. Falar de sua história é falar de suas extensões dispersadas em você anda elas, como esse de San Cristóbal. Nós baseamos nosso trabalho em fontes documental e bibliographical as well as em testimonies orais das estrelas de película dessa história. Com esta escola o ULA não foi posto em um canto a Mérida, mas aquele retirou ao descanso do Sandes e da coisa universal, sui da causa de toda a universidade que é. Isto confirma um destiny histórico: a sorte do merideña de ULA é consustancial com a sorte de esse de Trujillo e de esse do Táchira.

Palavras chave: andinidad da vila, “godos”, tachirania, luta das classes, escola da instrução de Mérida.

INTRODUCCIÓN



El nacimiento de la Escuela de Educación de Mérida, de la Universidad de los Andes, en 1959, no puede verse como la configuración de una nueva forma institucional simplemente, sino más bien como alma desparrramada en el cuerpo no sólo de la universidad emeritense, también de la región andina. Si alguna institución le ha impuesto el signo de andinidad a la ULA es, precisamente, la Escuela de Educación que acaba de cumplir cincuenta años de fundada. Ella se reprodujo, cual ánima desdoblada, al resto del escenario andino: Táchira y Trujillo, en una intensa relación tanto ontológica (como ser multiplicado) como dialéctica (en cuanto al manejo de antagonismos de lo interno y externo de aquella alma que a veces desfallecía, otras veces se empinaba, que a veces se hundía en el silencio y en otras resucitaba con lucha enconada por sobrevivir a la negación). Al fin llegó a configurarse, definitivamente, en forma institucional, en San Cristóbal y Trujillo, aquella ánima que elevó el vuelo en 1959 para conquistar el ser andino, que fue como encontrar su propia alma, parafraseando a Bachelard (1986, pp. 121), metempsicosis maravillosa y silenciosa. Hablar de la historia de la Escuela de Educación de Mérida, es hablar de sus Extensiones desparrramadas en el Ande, como la de San Cristóbal; eso aspiramos en este trabajo, que hemos fundamentado en fuentes documentales y bibliografías, así como en testimonios orales de actores principales de esta historia.

Un año después de fundarse la Escuela de Educación de Mérida, surgieron pedimentos, en radioemisoras y prensa escrita de la capital tachirense, para que la ULA se viniera o extendiera hasta estos escenarios

fronterizos. La ULA respondió, afirmativamente, en 1961, con el establecimiento de los estudios de Medicina, al crear el último bienio de dicha carrera en el Hospital Central de San Cristóbal. Este hecho reabría el viejo anhelo histórico, cultural y espiritual del Táchira de contar en su seno, en su territorio, con la presencia viva de la ULA, anhelo que comenzó a fraguarse desde la propia fundación de la ULA en 1785, cuando la iniciativa fundadora del obispo Ramos de Lora, recibió apoyo del cabildo sancristobalense (Silva, 1908, pp. 279-280). Posteriormente a comienzos del siglo XIX, después que Mérida fuera azotada por un terremoto y en consecuencia, la sede episcopal y el seminario-universidad fueron trasladados a Maracaibo, se presentó un acalorado debate sobre la pertinencia de hacer regresar ambas instituciones a Mérida, y las autoridades españolas de entonces, en 1806, y las republicanas después, realizaron con la urgencia del caso para aliviar los antagonismos en la provincia, una consulta obligante y decisiva a los ayuntamientos y vicarías de las localidades que dependían del obispado, incluyendo, por supuesto, a San Cristóbal. Sus cabildantes: Juan José Rojas, José María Colmenares, Joaquín Gonzales y Antonio Manuel Chacones, votaron a favor de Mérida como sede definitiva del seminario 6-09-1816 (Salazar, 2002, p. 41). Desde esos momentos difíciles, comenzó a sembrarse la andinidad de la Universidad. La ULA no se arrinconó en Mérida, agradeció eternamente el gesto histórico de la población del Ande, y comenzó a levantar su vuelo hacia lo universal, *causa sui* de todo ser universitario. La suerte de la ULA emeritense fue consustancial con la suerte de la Villa de San Cristóbal. Podemos susurrarles en sus oídos de pasado inagotable, aquellas palabras de Tour du Pin: “Te traigo un agua perdida en tu memoria, sígueme hasta la fuente y encuentra tu secreto” (Bachelard, 1986, p. 149). En la memoria de la ULA y de la Villa, hermanos de viaje hacia lo universal, deben buscarse sus misterios de cómo se construyeron sus casas como espacios del alma, misterios de sus significantes castellanos, misterios de la huella libertaria que no quiso abandonarlos nunca, misterios del tabaco, de la caña que se cultivaron en sus bondades, misterios de sus encomiendas y “doctrinas” que se transformaron en metáfora pedagógica; misterio del barroco café, cuyas mulas cargaban granos de eternidad y traían libros para aplacar a los espíritus que siempre niegan; en fin, misterios del hombre que en Mérida y San Cristóbal, emergiendo del Torbes y el Albarregas, hizo suya todas las aguas del mundo. La ULA ha estado presente, en ese vuelo hacia las fuentes, como una revelación de la universalidad en la historia reciente de la andinidad; la creación de la Escuela de Educación de Mérida de 1959 está involucrada en ese proceso. Universidad como espíritu es universalidad de pensamiento, es esencia de lo que puede ser compartido

en cualquier tiempo y lugar, es trascender en la idea que unifica al hombre con la eternidad.

San Cristóbal y la ULA han sido y son una misma proyección, un mismo destino, una misma puerta. Lo patentiza la Escuela de Educación de Mérida que, desde su propia fundación, se empujó por caminos de palabras y papel, libertad y café, neblinas y desfiladeros, para multiplicarse en la andinidad, en particular, en la Villa de las rebeliones. Esta relación recogió las aguas de una historia que no podrá ser borrada. La anamnesis histórica nos permite encontrar el secreto. Nadie puede negar la decisiva contribución de la ULA en el establecimiento del Bachillerato en el Táchira, que hacía falta para remediar necesidades del desarrollo cafetalero local que ya despuntaba con fuerza. En este cruce de caminos se funda el Colegio San Agustín en la Villa (1853-1854), quien inicia la cadena del bachillerato y este se va a continuar con la creación del Colegio Cárdenas dirigido entonces por Asiselo Bustamante, quien luego fue profesor de la Universidad de los Andes en Mérida y, posteriormente, rector de la misma a comienzos del siglo XX (Salazar, 2002, p. 42). Después surgió el Colegio Nacional de Varones en 1876, dirigido por el Dr. Pedro Monsalve quien llegó a ser una de las autoridades universitarias en Mérida, y culmina esta cadena, en primera fase, con la creación del Liceo Simón Bolívar en 1916. Para que se observe la estrecha relación de la ULA con ese proceso de bachillerización en el Táchira, bástenos recordar que el Colegio San Agustín fue financiado, en parte, por las rentas que aportaban los bienes dejados por los agustinos en el Táchira, que eran administrados por la ULA emeritense. Más aún, el primer rector de ese Colegio, que así se denominaba, fue José de la Merced Pineda, quien luego fue vice-rector en Mérida de la Universidad de los Andes (Salazar, 2002, p. 42). El padre de la idea de fundar este Colegio fue el procurador municipal de la Villa, Agustín Arias, hijo meritísimo de la ULA, donde se graduó de bachiller de Filosofía en 1837. Don Agustín nunca perdió sus lazos con la ULA y para 1876, era “El encargado de la ULA en el Táchira”, así lo llamaron oficialmente los de Mérida, y cobraba los préstamos e intereses que nuestra Universidad otorgaba a los vecinos de esta villa y administraba los capitales ascenso que la ULA poseía en la capital tachirense (Salazar, 2002, p. 43). En esta apretada historia, las sienes de la ULA y de la Villa no se tiñeron con flores negras, de hierro, sino con flores de azucenas, flores de cal, con que se construyeron sus casas donde se engarzó el secreto de lo universal. “Difícilmente abandona el lugar lo que mora cerca del origen”, dijo una vez el inspirado Holderlin (Tomado de Heidegger, 1985, 5ta edición, p. 119). También debe recordarse en esta larga y amorosa cadena, que el Colegio “Sagrado Corazón de Jesús”, dirigido por el padre Jesús M. Jáuregui en La Grita, aportaba a finales del siglo XIX, buena parte de la matrícula emeritense, y cuando la ULA

cerró sus puertas ante la embestida guzmancista, el colegio jaureguino suplió el vacío del seminario-universidad merideño, y muchos de sus seminaristas llegaron hasta La Grita a continuar y culminar sus estudios. Además, el Colegio fundado por alemanes en Rubio en 1895, así como el Salón de Lectura “Ateneo” de San Cristóbal creado en 1907, siempre contaron con el apoyo académico y moral de la ULA merideña (Salazar, 2002, p. 58)

En su estrategia por afirmarse en la región andina, es decir, trascender al espacio merideño, la ULA se planteó el objetivo de continuar, desde los inicios del siglo XX, su expansión al Táchira a través de Extensiones institucionales, aunque no fuesen continuaciones orgánicas de ella, dados los escasísimos recursos que le dejaron los Gobiernos liberales amarillos, incluyendo a Cipriano Castro. Fue falsa la conseja de algunos sectores dominantes del Táchira de entonces, “los amos del Valle y de la Villa” de los últimos cien años, de que el Táchira fue abandonado por la ULA luego de su aporte valioso al bachillerato. Cómo olvidar el aporte de la ULA, a pesar de que languidecía económicamente, en la realización de aquellos Cursos de Derecho, que casi se convierten en Escuela de Estudios Jurídicos, fundada en 1916 en San Cristóbal, bajo la dirección de dos eminentes juristas: Amenodoro Rangel Lamus y Luis Loreto. Durante el gomecismo y en 1936, específicamente a través de las propuestas y gestiones de la eminente educadora Regina Mujica de Velázquez (Madre de Ramón J. Velázquez) por establecer centros de Educación Superior en el Táchira, la ULA apoyó estas iniciativas que no llegaron a concretarse. Lo mismo sucedió con la que llevó a cabo Leonardo Ruiz Pineda en 1940, cuando fundó la llamada “Universidad Popular”, con cariz político e ideológico, y le asignó el nombre del legendario guerrillero antigomecista Juan Pablo Peñaloza. Posteriormente en 1946, cuando se funda en el Ateneo de San Cristóbal la llamada “Universidad Popular Abel Santos”, allí estuvo la sombra pedagógica de la ULA aleteando su presencia que, lamentablemente, no tuvo continuidad. Allí se dieron cursos de “Extensión Cultural”, que derivaron con los años en la matriz de los estudios a nivel universitario en la región. Algunos de esos cursos fueron trimestrales, con materias como: Pedagogía impartida por el profesor Eduardo Gutiérrez, y Psicología, dictada por el profesor Raúl García Hurtado, quien luego fue docente de la Universidad Central en Caracas; otros fueron semestrales, tales como Metodología, a cargo de los profesores Lucio Colmenares y Amaure González y los de Pedagogía, impartidos por el profesor Teófilo Castillo (Salazar, 2002, p. 59).

En este recorrido de más de cien años, la ULA había producido los valores humanísticos más renombrados del Táchira: Abel Santos, Eduardo Santos, Amenodoro Rangel Lamus, Pedro María Morantes (Pío Gil), Pedro Monsalve, Abel Montilla, Agustín Arias, Trinidad Colmenares,

Lucio Oquendo, Samuel Darío Maldonado, Benedicto Galvis, Rubén González, Francisco Baptista, Santiago Briceño, Emilio Constantino Guerrero, Tulio Chiossone, Acisclo Bustamante, Manuel Antonio Pulido y Ramón Vicente Casanova, estos tres últimos fueron rectores de la ULA en Mérida. Ya esto dice de la inserción profunda de la universidad emeritense en la conformación de la tachiranía y de la andinidad. Lo grande de la ULA merideña fue su capacidad para no detenerse hacia el Táchira, a pesar de sus enormes carencias financieras y materiales.

La ULA continuó su estrategia de prolongarse hasta el Táchira, y para 1961, se establecieron los estudios de Medicina en el Hospital Central, como dijimos anteriormente. Esto alentó al gremio de los docentes en la región para relanzar la campaña por lograr que la Escuela de Educación de Mérida se extendiera hasta San Cristóbal. El 2 de Marzo de 1964 se creó el “Comité Pro-Escuela de Educación de la ULA para el Táchira”, comité que luego fue ampliado por un número mayor de educadores en Asamblea Extraordinaria realizada el 21 del mismo mes. (Diario Vanguardia, San Cristóbal, 23.03.1964). Recordemos los nombres de aquellos héroes silenciosos: Marcos Ramírez, quien la presidió, Didio Coronel, Juan Bernardo Pernalette Camacaro, José León Acevedo, Gerardo Colmenares, Mary Giffuni, Hugo Ramírez, Pedro Quintero, Efraín Porras, Alicia Díaz Maldonado, Hernando Chacón, Baudilio Tovar, Ana Josefa de Andueza, Glafira de Pérez, Trina de Sánchez, Aminta de Guerra, Néstor Moreno, José García Rodríguez, entre otros (Ibídem), la mayoría militantes del partido Acción Democrática y del Partido Comunista. Pero en ese ir y venir, andar y luchar, pedir e insistir, por extender la Escuela de Educación de Mérida a San Cristóbal, llegó primero la universidad privada, es decir, una Extensión de la Universidad Católica “Andrés Bello” de Caracas, auspiciada por la diócesis de San Cristóbal y por un grupo económico hegemón de la localidad, que se recubría bajo el manto de una ficción jurídica como “Fundación San Cristóbal”. Este hecho no debilitó el anhelo de los sectores que pedían la Extensión de la Escuela de Educación de la ULA merideña, insistieron en sus pedimentos. La polémica se agudizó, se politizó, se ideologizó, cuando un sector del partido COPEI y grupos eclesíásticos muy afines al obispo Fernández Feo, se empeñaron en oponerse con fiera tenacidad, a través de los medios de comunicación y manifestaciones callejeras, a la presencia de la ULA en San Cristóbal, porque ello abriría, según sus voceros, “un libro de nigromancia” o, cuando más, despertaría “demonios comunistas” (increíble esta “caza de brujas” en pleno siglo XX) en especie de *Malleus Maleficarum*, quizás porque en la ULA de Mérida despuntaba con fuerza la izquierda a la caída de la dictadura perejimenista.

Se recuerda la defensa irreductible por parte de concejales acciondemocratistas, como fue el caso de la Sra. Maruja de Sánchez, quien realizó una campaña incansable en el Cabildo y en la prensa regional, para establecer la

Extensión de la Escuela de Educación merideña en San Cristóbal, campaña que será recordada como una odisea, no en el sentido jungiano, sino de lucha, sujeto, verbo y predicado, en defensa del derecho de la ULA a existir en estas tierras tachirenses. Fue el mes de agosto de ese año 1964 cuando el debate se hizo más intenso y donde esa Ulises femenina, de Maruja de Sánchez, en unión de Blanca Maldonado, Edmundo Pacheco Vivas, Teresa de Santiago, Alejandro Porra, Félix Giffuni, logran la victoria de que el Cabildo de San Cristóbal aprobara solicitar a la Universidad de los Andes, la creación de la extensión de la Escuela de Educación de Mérida en la capital Tachirense (Diario Vanguardia, San Cristóbal, del 11.08.1964) Volvió el Cabildo sancristobalense a repetir su camino de apoyar a la Universidad de los Andes, como lo hizo en 1816, 1806 y 1785. El debate, quizás por los ribetes de irracionalidad de los negadores, es uno de los eventos más apasionantes de la historia de la ULA, desde que se fundó en 1785, debate centrado en la necesidad de tener en el Táchira, una universidad pública, nacional, autónoma, democrática y popular, que abriese oportunidades de estudios y profesionalización a miles de jóvenes tachirenses, de los sectores más empobrecidos de su población que no pudieran financiar una carrera en una universidad privada. La ULA en el Táchira, vale decir, la Extensión de la Escuela de Educación merideña, detuvo a tiempo este proceso peligroso y deformante de elitización de los estudios universitarios en la región. La historia lo corrobora en los miles de estudiantes que llegaron, años tras años, a su recinto para beber de su paciencia formadora, de su humildad franciscana, de su ciencia. La ULA no podía permitir, porque era traicionarse a sí misma, que en una tierra tan afín a sus vivencias, como el Táchira, los “godos lugareños” –así se los llamaba en la prensa regional– impusieran un solo y único modelo de universidad y menos la monopolización de los estudios universitarios.

Aquí cabíamos todos los modelos y no solamente el que quería imponer la Iglesia católica diocesana. No podíamos aceptar que la ULA se retirase de la escena regional como un intruso indeseable, después de tantos años de contribuir a la construcción cultural del Táchira. La conformación de *la tachiranía* (o tachirinidad como se relamen en decir sectores dominantes de la región), lleva por dentro la sombra pedagógica de la ULA. La expansión de la Escuela de Educación de Mérida lo corrobora hasta los cimientos.

Ante la acogida colectiva que tuvo la autorización concedida por el Consejo Nacional de Universidades, de crear los estudios de educación en San Cristóbal, como Extensión de la matriz merideña, dada las solicitudes y luchas reiterada, al efecto, de la Federación Venezolana de Maestros (FVM), de la Seccional del Colegio de Profesores, del Colegio de Humanistas de la entidad y de

otros gremios docentes, y por supuesto de la Federación de Trabajadores del Táchira (FETRATACHIRA), todos dirigidos por el partido Acción Democrática, la ULA correspondió y agradeció tal demostración de solidaridad gremial, con el desarrollo de un conjunto de actividades como fueron: exposiciones fotográficas, recitales, conciertos, presentaciones teatrales, publicaciones periódicas en revistas, semanarios y diarios locales, programas radiales como el que se transmitió por la reconocida emisora “Ecos del Torbes”, llamado “La Universidad en el aire”, todos los domingos a las siete de la noche, y conferencias de prestigiosas figuras académicas en el campo latinoamericano como la dictada por el profesor argentino Ricardo Nassif (Salazar, 2002, p. 64)

¡Fiat lux! El 18 de noviembre de 1966 se inauguró la “Extensión de la Escuela de Educación” de la ULA Merideña, en el local cedido, a manera de préstamo, por la Normal Román Valecillos en San Cristóbal. Era gobernador entonces del Táchira, Guerrero Tablante, presidente del Ayuntamiento sancristobalense, Ildefonso Moreno Mayo. Era rector de la ULA Pedro Rincón Gutiérrez, y el decano de la Facultad de Humanidades y Educación de la ULA, Carlos Cesar Rodríguez. Nos iniciamos con tres secciones y un total aproximado de 140 alumnos que posteriormente aumentaron. La reminiscencia es válida y oportuna para no olvidarnos de aquellos docentes que iniciaron la aventura y dieron la bienvenida a una matrícula abundante: Félix Giffuni, Edmundo Pacheco Vivas (que fue el primer director), Raúl Segnini Laya, María Lourdes García Tamayo (caríñosamente llamada “Malula”), Eddy Peraza, Pedro Pablo Paredes (Premio Nacional de Literatura), Pablo Troncone, Julio César Valero, Alfonso D’santiago y los profesores Argentinos Jacobo Kogan y Aida de Kogan. Este cuerpo de docentes pioneros tuvo apoyo logístico, desde Mérida, en las personas de los profesores César Villarroel y Ligia Montañez. La clase inaugural fue dictada por el distinguido filósofo argentino Rizzieri Frondisi. En el segundo año de existencia, con una matrícula estudiantil que alcanzaba los 289 alumnos, ingresaron nuevos profesores: Horacio Cárdenas (cofundador de la Facultad de Humanidades de la UCV), Saad Chadid, Dagoberto Duque, Augusto Rivas, Rosales Parilli, Hugo Fernández Oviol (conocido caríñosamente como “Cabeza de León”). Y así fue en el tercer año de existencia: ingresaron hombres de la valía de Otto Maduro y José Rafael Hurtado, quien venía de culminar sus estudios en Argentina. Directores fueron en 10 años de la extensión de



la escuela los profesores Edmundo Pacheco, Juan Pedro Pereira, Salvador Palau del Río, Luis Bigott, Temístocles Salazar y Jesús Pacheco Miranda (Salazar, 2002, p. 63). De ellos nada más no vamos a ocuparnos en esta historia llena de antagonismos inagotables. Los trabajadores son partes de la anamnesis. Fueron ellos quienes cargaron el viejo encanto de prolongar esta institución, que es lo más difícil. Cuántas veces ellos la protegieron con voces, pasos y ojos, ante peligros inminentes de cierre que nunca faltaron, cuántas veces la pintaron, limpiaron y hablaron con ella a solas debajo de eucaliptos, pinos y apamates; cuántas veces podaron sus jardines; cuántas veces condujeron vehículos, autobuses e ilusiones; cuántas veces para preparar café y aliviar los fríos; cuántas veces marcharon, junto a profesores y alumnos en defensa de este pueblo de pájaros que es nuestra Universidad, afincada ya como Extensión de la Escuela de Educación merideña de 1959; cuántas veces llevaron y trajeron carpetas de control de clases. Los trabajadores, pues, jamás llegaron tarde a la rueda de esta historia que comenzó en 1966: Marielena Vivas, primera bedel; José Ramón Guerrero, primer vigilante; Alirio Bonilla, primer chofer de autobuses; Blanca de Rojas, primera secretaria; Carmen Jaimes y Guillermina Medina, primeras mecanógrafas; Rafael Veloz, primer entrenador deportivo; Luis Boada Sánchez, primer bibliotecario; Dené Pernía Atencio, primer jefe de mantenimiento; Orlando Cárdenas, primer director de teatro; Norberto Rodríguez, primer director de la organización de bienestar estudiantil (OBE); Ramón Echeverría, primer jardinero; Rodrigo Argüello, primer médico y director del Camoula; Josefa Useche, la popular “Chepina”, primera enfermera; Hugo Ochoa, primer odontólogo; Maritza Ruiz, primera profesora de danzas; y hasta Yolit Gómez, primera novia elegida por la comunidad; en fin, seres que alguna vez fueron primeros arrastrando peligros, incomprensiones, burlas, penas, y “todas las penas pueden soportarse si las ponemos en una historia”, dijo una vez Isak Denisen. Eso queremos en este trabajo, reconstruir nuestra memoria, la del alma desparramada de rostros, logros, penares; jamás pudo cubrirnos la desesperanza, porque ser primero es un sacrificio, una manera de llorar por los demás. Vale la pena recordar la reflexión de Peter Altemberg: “Ser único no vale nada, no es más que una jugarreta que el destino hace... ¡Ser el “primero” es todo!, el primero sabe que toda la humanidad lo sigue; sólo Dios lo ha precedido” (Tomado de Adorno, 1873, Argentina, 36). La historia está con los primeros, de lo contrario fuera una lotería. Los tra-

bajadores, pues, pudieron más con su silencio y amor por aquella Extensión emeritense, que la agonía florentina de los demonios que se empeñaban en destruirla desde afuera y desde adentro. Fueron heroicidades tempranas, igual que la de aquellos alquimistas, primeros estudiantes, quienes con los trabajadores, se abrazaron a la nave para que no regresara o naufragara; estudiantes que fueron abriendo el camino de la permanencia de la ULA en cada “toma” de espacio o edificación, estudiantes que tenían presente el anhelo fáustico, porque la historia que se jugaba tenía que ver con la esencia de la universidad, donde lo humano lucha contra su pasado para hacerse eterno, universal, donde hasta “Dios es un ser pensante”. No verlo así es creer que la historia de esta Extensión, que se negó a morir, fuese la historia de la irracionalidad. La esencia de la universidad implica la existencia de su historia fáustica. Aquí cabían todas las ambrosías donde el espíritu se relame, toda la esperanza de unos pasos inciertos, todo el espíritu del hombre desenvuelto en la tolerancia o en el silencio. Aquí no había distinción entre los seres que piensan y los seres que viven; en la universidad el que piensa vive. Aquí hemos preferido el sufrimiento de la incompreensión y el odio de los “godos lugareños”, antes que llevar a cuevas un cógito crucificado. Aquellos alquimistas soñadores, que querían más de lo que la posibilidad enseña, que hacían de cada “toma” una resurrección, merecen ser recordados: Jorge Abreu, Edgar López, Rubén Duque, Hernando Chacón, Pedro Miguel Bustos, Ricardo Reyes Pulgar, Humberto Cárdenas, Pablo Contreras, Juan Herrera, Iliá Torrado, Belkis Meneses, Rosa Santander, Neria Apolinar, en cuya casa se preparaban las arepas y pasteles para los alquimistas “tomistas”, como tampoco podemos omitir, porque la memoria es el altar de la historia, a Fredy Parada, Henry Parra, Alirio Zárate, Estiven Machado, Jacinto Ortega, Gonzalo Ceballos, Fidel Millán, Douglas Guerrero, Nerlandy Gonzales, y otros que quedaron para la anamnesis total, la que no olvida.

San Cristóbal había dejado atrás el no ser, había soñado un nido donde los días ya no dormían. Pero los sectores conservadores locales tampoco dormían, creyendo que el tiempo se había detenido en la urbe sancristobalina, porque no entendía las razones de nuestra perseverancia. Desde 1966 hasta 1976, diez años que duró la Extensión de la Escuela de Educación de la ULA emeritense, se entrelazó, se hilvanó más bien, una historia dolorosa, de trabajo tesonero y silencioso, colmado de luchas contra los tenaces “godos lugareños”. Ninguna institución universitaria de esta Villa fue más agredida y vilipendiada y despreciada e incomprendida que la ULA, pero ella no se amilanó, se echó a andar en el laberinto del resto de la historia que quedaba. Atrás quedaron los murciélagos, hablando con términos de Víctor Hugo, clavados en espinas de sábila. Ante la fuerza de la luz que emerge de la casa de cal de Ramos de Lora, aunque pequeña que ella

fuese, no valen las pesadas sombras que dibuja Platón en su caverna.

Anduvimos cual quijotes, a punta de sueños que parecían locuras, sin casas, ni terrenos propios, a puro corazón y lanzas de fe en la Universidad, locuras que eran “intentos de compensar lo otro que se escapa”, diría Theodor Adorno (1973, p. 160). Mientras los gobernantes locales y regionales, “los amos del valle” santiaguino (uno de los nombres de San Cristóbal antes de ser poblada fue el “el valle de Santiago” Apóstol), le daban regazo material, espiritual y financiero a la Universidad privada existente, a nosotros se nos quiso estrangular y echar de estos lares. La figura de Rincón Gutiérrez era una espina en la garganta para estos “godos lugareños”, godos que mantuvieron una prédica constante en la prensa escrita y radial para que nos marcháramos de aquí, algo esquizofrénico diría, como si fuéramos gente extraña e indeseable al devenir del Táchira, pero se equivocaron y perdieron. Nadie nos donó terrenos, hubo que comprarlos, como son los que hoy son asiento de nuestras actuales instalaciones a orilla de la quebrada La Vichuta, y eso es lo hermoso de esta historia: no le hemos mendigado nada a nadie, todo lo hemos logrado luchando contra mezquinos intereses y envidias, incluso en la Mérida misma donde los “godos lugareños” tenían sus voceros activos incrustados como miembros del Consejo Universitario, que insistieron en eliminarnos. Pero alma desparramada no puede recogerse. Siempre nos achacaron los peores defectos, no hubo para nosotros suspiros ni respiros, pero la nave seguía su rumbo hacia la isla de Ariel. Respondimos hasta con velas de sebo, paciencia y un poco de jabón, parafraseando a Simón Rodríguez. Hemos sido una heredad errante; todo nuestro recorrido en una década de la Extensión de la Escuela de Educación emeritense, fue determinado por la sed de espacio propio. Nada fue en vano, ni siquiera la angustia. Devolver las aguas perdidas, recordando de nuevo a Tour Du Pin, era repetir nuestra angustia hamletiana: Ser o no ser. Habíamos vivido de local en local, o dicho mejor: de local tras local (prestado, alquilado o tomado por la fuerza), de refriega en refriega, como si estuviésemos expiando una gran culpa. Tuvimos la suerte de recorrer y ocupar nueve locales diferentes en diez años para sobrevivir, así de sencillo. Nos iniciamos en la Normal “Román Valecillos”. Recalamos luego en la llamada “Quinta Altamira”, tomada a la fuerza, ubicada en la “Redoma del Educador”, en la entrada de la ciudad viniendo de Mérida, nuestra Meca. Desde allí marchamos hacia la vieja casona del Ministerio de Agricultura, en el sitio conocido como “la vuelta del Trapiche”, cuando ya la ciudad se pierde hacia los Llanos, en manifestación popular de alumnos y profesores cargando sus pupitres por la avenida principal de la ciudad, hasta llegar a aquellos locales mugrientos que fueron tomados también por la fuerza y luego nos lo cedió en Comodato dicho Ministerio, locales que aún conservamos. Luego

nos extendimos al Instituto Universitario Agro-industrial Los Andes (IUT), sin abandonar nuestra “vuelta del Trapiche”. Nuestra matrícula crecía y no se aplicaban mecanismos de exclusión, como el “*numerus clausus*” que hoy es una plaga de nuestras universidades públicas; la inclusión social fue garantía de nuestra supervivencia: mientras los “*godos lugareños*” nos cerraban las puertas, el pueblo nos enviaba sus hijos. La calidad universitaria va ligada a la inclusión pero también al arte de enseñar, y eso fue lo que hicimos para sobrevivir, una lección que debemos aprender en estos tiempos de cupo irreductible. Del IUT nos fuimos al Liceo “Vicente Dávila” donde nos cedieron, a manera de préstamo, las aulas en el turno de la noche, pero no abandonamos “la vuelta del Trapiche”. Nos vimos obligados, luego, a alquilar el quinto piso del edificio “Francisco Cárdenas”, frente a la plaza Sucre y al “Palacio de los Leones” (Gobernación del Estado), pero no soltábamos “la vuelta del Trapiche”. Después alquilamos el primer piso del Diario Católico, como un sarcasmo eclesial de quien siempre nos combatió pero que cedió por necesidades económicas. Duramos allí dos años para luego alquilar la vieja Casona de la carrera 10, entre calles 10 y 11, de San Cristóbal, y otra vieja Casona en la carrera 11 entre calles 5 y 6, pero no aflojábamos el muro de cal de “la vuelta del Trapiche”. Posteriormente, la presión matricular nos hizo alquilar otra vieja y espaciosa Casona colonial en el barrio “Los Kioskos” para el pregrado, y la Quinta “El Sol” para el post-grado, en el sector residencial de los “*godos lugareños*” que tanto nos combatió, otro sarcasmo de la lucha de clases. No puede concebirse que una contrariedad tan a ultranza de estos sectores dominantes de aquella sociedad local contra la Universidad de los Andes, no esté inmersa en una lucha de clases contra los sectores más pobres de la población que albergaba nuestra Extensión universitaria; era que no había piedad con la pobreza y eso es parte de toda la lucha de clases. Luego dejamos la casona de “Los Kioskos” y nos internamos en el Liceo “Ramón Velásquez” que nos cedieron sus aulas en los turnos vespertino y nocturno; y la matrícula avanzaba, alma desparramada pero también desesperada. Entonces, aferrados a “la “Vuelta del Trapiche”, volvimos a la Normal “Román Valecillos”, pero a tomarla por la fuerza: o nido o nada, es decir, con la decisión firme de no irnos si no nos construían nuestras edificaciones porque la ULA había adquirido unos terrenos por los lados de los Agustinos, y eso garantizaba nuestra estabilidad definitiva. Aquella “toma” fue crucial, fueron momentos intensos: los “*godos lugareños*” se empeñaron en sacarnos a la fuerza y con la fuerza pública, pero esta vez, no estábamos solos como ayer, sectores populares cerraron filas con la ULA y la prensa esta vez fue generosa. Se logró el objetivo y la Gobernación se comprometió a construir nuestra casa. El atañer de aquellos alquimistas estudiantes pudo cambiar el ser en otro ser, la cosa en otra cosa, la debilidad en fuerza, lo corpóreo en espiritual, la vieja casona en una

casa de vidrio. Cada espacio nos arrancó una lucha, una gota de sangre, un pedazo de estrella, un desamor. Tuvi- mos que amar desesperadamente el poco espacio y tiempo en cada estación que hacíamos. Allí está el ovillo de la grandeza de aquella Extensión: amó lo pequeño para vivir lo universal. Cada espacio conseguido fue un espacio de consuelo para tanta incertidumbre, un espacio generoso para un ser que ha soñado más de lo que sufría. Fuimos una casa pobre, seráfica, que tuvo que defender su identidad y hasta su intimidad para vencer temores y resistir en soledad el egoísmo de aquellos “*godos lugareños*”, que cuando odian, odian hasta el fin, para encierro de la bienaventuranza y sus talegas. Tener un techo roto, unos baños insalubres, no fue una indecencia ni una inclemencia, porque no teníamos vocación de ermitaños. De despojo en despojo fuimos y siempre nos encontrábamos con lo absoluto universitario: el saber intelectual y científico, la independencia de criterios, la criticidad hasta con nuestros logros, la pluralidad de pensamiento, la libertad de cátedra, lo universal desparramado como el alma que se inició en 1959. Nos negaron por una década tener un espacio propio, pero no nos pudieron matar el ojo de la noche, ni la luz del corazón, ni el temor a Dios, el “*Timor domini*” que se apacienta protector en nuestro símbolo.

En medio de ese trecho agonal por espacios propios para sobrevivir, se produjo un hecho que marcó nuestras vidas y probó de nuevo la fortaleza académica y espiritual de la ULA, vale decir, de la Extensión de la vieja Escuela de Educación merideña: fue la creación de la Universidad Nacional Experimental del Táchira (UNET), con el cual pretendieron acorralarnos de nuevo y desterrarnos del Táchira. Fuimos acusados con fruición de antitachirenses, porque el rector entonces de la ULA, Ramón Vicente Casanova, por cierto, tachirenses de nacimiento, no había votado a favor de la creación de esta nueva universidad; nos llevaron al calvario y nos trajeron, nos dieron con todo, nos dijeron y acusaron de todo en medio de un aquelarre mediático, aguantamos de todo; pero las autoridades universitarias merideñas en su mayoría, con Rincón Gutiérrez vigilante de su creatura, y las autoridades de la Escuela de Educación merideña, cumplieron con el compromiso de no devolverse; no nos abandonaron, siguieron creyendo en nuestros recursos científicos, académicos y morales. En aquellas circunstancias que se vivían, la UNET se convirtió en la universidad de la revancha de los “*godos lugareños*”; el partido COPEI se sacó la vieja espina de no poder evitar el establecimiento y la prolongación de la ULA en San Cristóbal desde 1960. Esperaron la llegada al poder del gobierno copeyano de Rafael Caldera, para proponer la nueva universidad, esta universidad, la UNET, que ellos llamaron, presuntuosamente, “*tecnológica*”, o “*tecnocrática*” llegaron a decir, o incluso “*meritocrática*”, distinta a la Católica privada que adoraban y distinta de la ULA que detestaban; y lo lograron después de una campaña que

culminó con un paro empresarial en todo el Estado, que en última instancia, fue un paro contra la ULA, y clamaban porque nos fuéramos del Táchira, es decir, volvieron a despolverar el Maleus Maleficarum de los años sesenta.

Quedamos encerrados en una especie de ghetto entre azufres y nomeolvides, flor eterna. Pero no nos amilanamos ni rendimos ante esta nueva embestida, vale decir “caza de brujas”, y pudimos y supimos sobrevivir, con la ayuda incondicional de la matriz merideña en nuestra vieja casona de la “Vuelta del Trapiche”, mientras a la UNET la dotaban de cómodas y modernas instalaciones, le dieron recursos indispensables y los hacendados les donaron hasta fincas. Y aquella “Ulita”, como la llamaron con desprecio, aquella Extensión de la Escuela de Educación emeritense, logró sobrevivir porque la ciencia vence al odio, la ciencia nos convierte en seres infinitos, la ciencia no nos deja morir de soledad; eso fue lo que hicimos, guiándonos por el apotegma de Kempis de que “la ciencia no es una culpa”. La ULA en San Cristóbal, se siente más universidad que nunca. Godo es godito pero ULA es ULA. La herencia que nos dejara la Escuela de Educación de Mérida fundada en 1959, no podíamos despilfarrarla, porque alma desparramada no muere nunca; ganamos en silencio y en metempsicosis, sin olvidar el movimiento, a lo Galileo.

En esos años de recorrido, 1966-1976, se plasmó un proceso de definición curricular para poder avanzar sin incertidumbre, así no tuviésemos casa propia, proceso que fue crucial en 1973. El currículum pesaba más que las contradicciones que se abordaban en lo interno y en lo externo de nuestra institución. Éramos una Extensión de la ULA merideña, pero no dependíamos directamente de la Escuela de Educación de Mérida ni marchábamos, igual que Trujillo, por el mismo carril curricular y cada quien aplicaba un currículum adaptado a sus circunstancias particulares. El currículum se centraba, para la Extensión de San Cristóbal, en la sombra de Hamlet: el dilema de lo fugaz y de lo perenne, y eso debilitaba su existencia más que la lucha por salir a buscar espacios para sobrevivir, a sabiendas que sólo el currículum podía salvar al ser universitario que se fraguaba en la casona mugrosa que nos cobijaba. Currículum y espacio estrujaban nuestras preocupaciones por sobrevivir, copaban nuestro destino ontológico. Unificar esfuerzos se hizo vital para poder avanzar, habida cuenta de que Trujillo ni Mérida presentaban resistencia o antagonismos a ultranza de los “godos lugareños” como en San Cristóbal. Se habían agotado las opciones ofrecidas (Evaluación y Orientación) cuando el país exigía nuevas especialidades en la formación docente, y por lo tanto, exigía con fuerza la diversificación de sus estudios. El Consejo Universitario de la ULA decidió

escuchar estas exigencias y unificar las ofertas de estudios de Educación en los tres lugares donde se impartían y cambiar el régimen de anualidad por el de semestres. Esto se logró después de una polémica, batalla más bien, en dicho Consejo entre los que querían mantener nuestra Escuela en San Cristóbal y los que negaban su continuación; hasta allá llegaron los “godos lugareños” tejiendo una urdimbre contra nuestra existencia, por que ellos son una estirpe, orgánicamente formada, para dar batalla en cualquier rincón o campo de la lucha de clases, que es muy extensa, y los espacios académicos son rostros ideales para ella expresarse, y el currículum no es ajeno a esa batalla, porque él es el substratum que permite la producción de conocimientos y la adaptación de la universidad en función de los planes de desarrollo de la nación, y esos son campos esenciales de la lucha de clases. Lucha de clases sin universidad que la reviva, no existe, y viceversa, universidad sin lucha de clases, expresada al nivel de las ideas, tampoco existe. La ciencia no es neutral, la ciencia es ideológica, sostuvo Gramsci, y la Universidad, que es alma nutricia de ellos, no puede ser vista ni convertida en una comunidad de carmelitas descalzas. Los “godos lugareños” nos dieron batalla y les dimos batalla, no hubo otro lugar en la Universidad parecido al de San Cristóbal, porque Mérida es una ciudad dentro de la Universidad de los Andes, como expresó Picón Salas, y en Trujillo no hubo competencia con universidad privada ni pública, como hubo en el Táchira, por consiguiente, su única opción era la ULA.

El Consejo Universitario decidió nombrar en abril de 1974 una comisión que estudiara y propusiera la unificación de los Estudios de Educación en toda la universidad, con representantes de cada lugar que poseían tales carreras: Julio Tallaferró, por Trujillo; Aníbal León, por Mérida; el suscrito, Temístocles Salazar, por San Cristóbal, y el que coordinaba la Comisión era el decano Horacio López Guédez. Se discutió y se elevaron las propuestas al Consejo Universitario, quien las aprobó, y consistían las mismas, esencialmente, en aprobar un ciclo básico común para las tres escuelas y todo un programa de diversificación de especialidades de manera inmediata, incorporando las carreras de Idiomas (Inglés y Francés), Castellano y Literatura, Matemáticas, Ciencias Sociales (Geografía), y Educación Comercial con las menciones de Contabilidad y Mercadeo; y de manera mediata: Educación Pre-escolar y Educación Especial. Esto constituyó un avance considerable en el desarrollo de nuestra Extensión y sentó las bases para pasar a Núcleo Experimental y dejar de ser Escuela. Seguir manteniendo las solas opciones de Evaluación y Orientación, además de caduco era una desventaja para la Extensión en relación a lo que ofrecían los modelos privados y públicos en materia de carreras universitarias en la entidad. Había pues que reformar el currí-

culo. entendido no simplemente como el instrumento articulador de la actividad educativa en el ámbito de los establecimientos docentes, sino como un objeto simbólico, lleno de significaciones, para catapultar nuestra eficiencia y existencia hacia lo universal, y eso conlleva la elevación de la calidad del profesor y de su arte de enseñar, parafraseando a Stenhouse. Nos aferramos al currículum para salvarnos, aunado al espacio que se nos negaba. El currículum fue campo donde afloraron nuestras diferencias contra los godos o de los godos contra nosotros en su empeño de querer monopolizar el conocimiento educativo, que es público, en la localidad; en el fondo querían seleccionar, distribuir, transmitir y evaluar ese conocimiento, y en eso no transigió la ULA; por eso decimos que este debate es uno de los eventos trascendentales de la historia de la ULA en cualquier tiempo y lugar. Fue una lucha frontal por el poder lo que subyacía en el debate, así lo entendimos, como también lo entendió Rincón Gutiérrez y la gente que lo acompañó en esta batalla desde Mérida como padre de la criatura. El currículum fue entonces instrumento valioso no sólo de la lucha de clases sino también de la serenidad del poder académico y, por supuesto, político dentro de la universidad, para sostenerse en una lucha que no amainó durante diez años, y también para doblegar la algarabía de los adversarios. Por eso, decía César Coll, citado por Ander-Egg (1977, p. 45) que el currículum “refleja la distribución del poder y los principios de control social” y político. No aceptar a la ULA en el Táchira era para los “godos lugareños” una forma de distribuir su poder y de mantener su control sobre el escenario social tachirense. Sencillamente, no pudieron, no les dimos oportunidad de que nos doblegaran, porque el currículum nos fortalecía y nos ofrecía la oportunidad de tener algo en las manos aun cuando los locales donde pernoctábamos no eran nuestros. En Mérida no pasó igual; al efecto, es digno destacar que a pesar de ser Extensión de la Escuela de Educación merideña, no éramos una simple copia de ella ni repetición de su currículum antes de la unificación de 1974, ni dependíamos de ella sino del Decanato de Humanidades. Éramos especie de “colonia” como algunos nos llamaron, y Mérida la “metrópoli”. Fuimos su Extensión como alma desdoblada o desparramada, y con ella celebramos 50 años de vida, porque de ella salimos como ánima ansiosa en recalcar en estos desfiladeros fronterizos, metempsicosis maravillosa que vino a aflorar en 1966. La Extensión continuó hasta 1976, cuando la Escuela fue transformada en Núcleo Universitario. En ese trayecto nada se hizo que no lo hubiésemos pagado en alto precio de incompreensión y soledad.

Devolver las aguas perdidas es repetir nuestro martirio de haber sufrido el cerco de hierro y silencio que nos impusieron las voces góticas de la lucha

de clases. Hoy en día, si los “godos lugareños” no nos aprecian, por lo menos nos respetan y toleran. Ya terminó contra nosotros la edad del odio, pero el rencor en el godo es un arquetipo. Nuestro mayor mérito fue no haber desmerecido nuestro pasado de hermandad y solidaridad con la ULA emeritense y viceversa, desde que ella se fundara en 1785. Nacimos pobres, no por aspirar a que nos tuvieran piedad; nacimos pobres no como sello de maldición bíblica, sino porque no nos dejaron acariciar los pechos de una casa de cal donde reposar el pensamiento, afortunadamente la bienaventuranza que nos da el paráclito de nuestra coraza simbólica, no nos ha desamparado. Pararnos firmes y retar a los godos, “toma” tras “toma” de lugares mugrientos, fue suficiente.

Nuestros esfuerzos, nuestras heridas, nuestras victorias, nuestra paciencia, nuestra decencia, nuestra ciencia, nos enseña que merecimos convivir diez años en esa Extensión de la Escuela de Educación de la ULA emeritense. Esta historia necesita interpretarse sin mezquindades, prejuicios o envidias, ¿pero quién puede envidiar una historia de rosas negras?; interpretarse digo en toda la dimensión de la crisis que vivió, llena de incertidumbre, experimentaciones, “tomas”, retomas, contramarchas, agresiones, “caza de brujas”, anemia financiera, currícula agotados,...; pareciera una historia de la irracionalidad porque el ser que colmó sus espacios mugrientos, lo hizo quizás impulsado por una fuerza misteriosa, mandálica tal vez, que trasmutaba el rencor o la neurosis de los godos en poiesis –praxis de la creación– de la “flor de oro”. Aquellos alquimistas, aquellos estudiantes, que surgían en mandalas tras mandalas, nos enseñaron que aquellos locales que tomaban por la fuerza no eran para vivir de ellos sino que ellos viven en nosotros. El amor a la ULA nos ha unido en medio de las borrascas, y si no nos hemos suicidado en medio de ellas, fue para demostrar la sabiduría de nuestra libertad, lo noble de nuestra ciencia como lo dibuja el místico San Juan de la Cruz: “su ciencia tanto crece/ que se queda no sabiendo/ toda ciencia trascendiendo” (1999, p. 26), para afinar nuestro derecho a sobrevivir en esta casa de pájaros que llenaban de cantos a nuestras palabras y hacían de ella una hebra interminable, una resurrección reiterada, a pesar de que los que no nos querían apostaban a su desaparición temprana. Navegamos en ese viaje de cincuenta años de la Escuela de Educación de Mérida, alma desparramada que configuró la Extensión de la Escuela de Educación de San Cristóbal. La metempsicosis sigue su curso. ©

Temístocles Salazar Rodríguez

Profesor e investigador de la Universidad de Los Andes,
Núcleo Táchira

BIBLIOGRAFIA

- Adorno, Theodor (1973). *Consignas*. Argentina: Amorrortu editores.
- Ander-Egg, Ezequiel (1997). *Diccionario de Pedagogía*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Magisterio.
- Bachelard, Gaston (1986). *La poética de la ensoñación*. Breviario 330. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bachelard, Gaston (1995). *La poética del espacio*. Breviario 183. México: Fondo de Cultura Económica.
- Chalbaud Cardona, Eloy (1966). *Historia de la Universidad de Los Andes*, 7 tomos. Mérida: Ediciones Vicerrectorado. Universidad de Los Andes. Venezuela.
- De La Cruz, San Juan (1999). *Poesías completas*. Barcelona, España: Ediciones Folio.
- Diario *VANGUARDIA*, San Cristóbal, estado Táchira, Venezuela, fechas: 22.03.1964, 11.08.1964, 13.08.1964, 15.08.1964, 21.08.1964, 25.09.1964.
- Heidegger, Martín (1985). *Arte y poesía*. Breviario 229. México: Fondo de Cultura Económica.
- Salazar Rodríguez, Temístocles (2002). *La universidad es el hombre (Historia de la Universidad de Los Andes en el Táchira)*. Cuadernos de Historia Uri-Cania. Museo Pedagógico. Universidad de Los Andes –Táchira, San Cristóbal, Venezuela.
- Shakespeare, William (1983) *Hamlet*. Barcelona, España: Editorial Ramón Sopena.
- Silva, Antonio Ramón (1908). *Documentos para la historia de la diócesis de Mérida*, Mérida, Venezuela:

educere

La Revista Venezolana de Educación

**Visite y descargue gratuitamente
todos los números de EDUCERE**

**www.human.ula.ve/adocente/educere
www.redalyc.com**